

EL OSCURO MUNDO DE LA DROGA JUVENIL

CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA, BILBAO, SAN SEBASTIAN
Y VITORIA
NOVIEMBRE, 1984

I. INTRODUCCION

La drogadicción juvenil constituye hoy en Euskal Herria un fenómeno fulminante que ha sembrado grave preocupación y alarma. Día tras día se publican datos que denuncian que nos hemos convertido en uno de los focos de Europa más castigados por este nuevo azote. La toxicomanía afecta a la juventud de nuestras cinco diócesis, en grado diferente, pero con universal y preocupante gravedad.

Nuestras Iglesias locales no pueden permanecer indiferentes ni inactivas ante un hecho social de tal envergadura. Descubren en él una llamada del Señor, que postula de sus seguidores una respuesta lúcida, abnegada y concertada. La presente Carta Pastoral se propone suscitar y robustecer dicha respuesta, al tiempo que ofrece a toda la sociedad la reflexión y la colaboración eclesial que aquélla tiene derecho a esperar de los cristianos.

Somos conscientes de que la droga no es, entre nosotros, un fenómeno nuevo, ni mucho menos aún, privativo de los jóvenes. Pensamos, ante todo, en el alcohol, que constituye nuestra primera droga nacional y produce grandes estragos entre gentes de todas las edades y de todos los estamentos sociales¹. El abuso de medicamentos sedantes o estimulantes es, asimismo, un fenómeno preocupante que va minando la salud física y psíquica de muchos adultos de toda

1. El alcoholismo constituye, por su extensión y gravedad, la toxicomanía más perniciosa en Euskal Herria.

Causas de orden sociocultural y fuertes intereses económicos favorecen el arraigo de esta adicción. Las consecuencias de deterioro personal, y de índole familiar, laboral y social son casi incalculables.

Sólo en la Comunidad Autónoma de Euskadi el número de los que habitualmente consumen una tasa excesiva de alcohol ronda la cifra de 300.000. En contra de la normativa legal, que regula el número de establecimientos públicos que expenden bebidas alcohólicas, se registra un alarmante aumento de dichos establecimientos.

El tema del alcoholismo es tan grave y tan complejo entre nosotros, que merece ser abordado y tratado aparte.

condición. El consumo excesivo del café y del tabaco no es tampoco exclusivo de la generación juvenil².

Queremos, con todo, en esta Carta, centrarnos en la drogadicción juvenil. Porque es un fenómeno especialmente revelador de las quiebras de nuestra sociedad y del talante mismo de las generaciones ascendentes. Porque angustia de manera lacerante a muchos miles de familias que viven penosamente el drama de uno o varios miembros drogadictos en el seno del hogar. Porque está hundiendo en el envilecimiento y en la autodestrucción a una porción importante de la juventud. Porque constituye un fenómeno creciente y contagioso que va alcanzando, de manera implacable y progresiva, a la preadolescencia y a la misma niñez.

Tres adicciones nos preocupan especialmente en este escrito. En primer lugar la adicción a la heroína. Según datos cuidadosamente recogidos en organismos solventes, son ya 11.000 los heroinómanos en la Comunidad Autónoma Vasca y cerca de 1.000 en Navarra. A la luz de estadísticas fiables, un tercio de heroinómanos se van hundiendo en la droga y acaban muriendo destruidos por ella. La heroína genera un impulso psíquico que exige imperiosamente su administración regular (dependencia psíquica). Engendra igualmente dependencia física: el organismo habituado a ella protesta mediante trastornos físicos, aunque pasajeros, cuando la administración se interrumpe (síndrome de abstinencia). De este modo la heroína llega a esclavizar el cuerpo y el espíritu de su consumidor habitual en pocas semanas. Las dosis necesarias para aquietar al adicto son cada vez mayores (fenómenos de la tolerancia). El alto costo de esta sustancia le obliga a conductas delictivas que van envileciendo su persona, comprometen su futuro y alteran la seguridad cívica. Jugar con la heroína es jugar con la muerte civil, moral y física³.

La adicción a la *cocaína* es, asimismo, preocupante. Según estimaciones de expertos, su consumo está llamado a crecer espectacularmente entre nosotros en un futuro próximo. Los deterioros físicos y mentales que producen son notables, aunque no inmediatos ni extremos. Engendra una intensa y progresiva dependencia psíquica que, al tratarse de una droga cara, incita al sujeto a procurársela a

2. Es sintomático que el medicamento tranquilizante «Valium» sea el tercero más vendido (tras la aspirina y una determinada marca de pastillas contra la tos) en el mercado del Estado español. El tabaco, por su parte, es la sustancia tóxica más extendida en este mismo mercado. En 1978 el 48% de los españoles mayores de 16 años se declaraban fumadores habituales. No es probable que estas cifras hayan variado notablemente en 1984.

3. Recordemos la definición precisa, acuñada por la Organización Mundial de la Salud (O.M.S.) de algunos conceptos más fundamentales y más utilizados en la temática de la toxicomanía:

a) *Tolerancia*: «Estado de adaptación caracterizado por la disminución de las respuestas a la misma cantidad de droga o por la necesidad de una dosis mayor para provocar el mismo grado de efecto farmacodinámico».

b) *Dependencia psíquica*: «Situación en la que existe un sentimiento de insatisfacción y un impulso que exigen la administración regular y continua de la droga para producir placer o evitar malestar».

c) *Dependencia física*: «Estado de adaptación que se manifiesta por la aparición de intensos trastornos físicos cuando se interrumpe la administración...».

«La *dependencia física* es un potente factor de refuerzo de la influencia de la dependencia psíquica en lo que se refiere a la continuación del uso de la droga y a la recaída en el consumo después de un intento de retirada».

d) *Síndrome de abstinencia*: «Los síndromes de retirada o abstinencia son (trastornos) constituídos por series específicas de síntomas y signos de carácter psíquico y físico peculiares de cada tipo de droga» (O.M.S. Manual de farmacodependencia, 1974).

costa de lo que sea. En cambio, no provoca tolerancia: la dosis de consumo se mantiene prácticamente invariable en el adicto a lo largo del tiempo.

La adicción al «hachis» no es tampoco un fenómeno desdeñable, como quieren hacerlo creer voces indulgentes o interesadas. Es verdad que no provoca dependencia física ni tolerancia. Pero es claramente nociva para el organismo, engendra una sensible dependencia psíquica, produce graves consecuencias en el rendimiento escolar y laboral y tiene la virtualidad de ir marginando a sus adictos de su entorno social. El número de sus consumidores es ingente: 150.000 en la Comunidad Autónoma Vasca y 14.000 en Navarra. Por otro lado, casi todos los heroinómanos actuales se iniciaron en la droga a través del consumo de esta sustancia. No es que ella induzca por sí misma a la escalada hacia drogas más fuertes como la heroína. Pero los puntos de mercado y los canales de distribución de ambas son los mismos. De este modo el consumidor de «hachis» se ve fácilmente incitado a dar el salto de una a otra⁴.

Cualquiera de las tres adicciones comportan, más o menos a la larga la decadencia física, la obsesión por la sustancia tóxica, la apatía creciente por el mundo exterior, la pérdida de capacidad mental y el deterioro del sentido moral. Entrañan en los jóvenes grave peligro de deslizarse hacia la delincuencia o la prostitución. En una palabra: deshumanizan a sus adictos.

II. LAS COMPLICIDADES DEL MUNDO DE LA DROGA JUVENIL

El universo de la droga está repleto de complicidades muy diferentes.

1. La complicidad interior

Un porcentaje apreciable de jóvenes se drogan habitualmente. Pero un porcentaje mucho mayor no cae en la trampa de la droga, aunque la haya probado ocasionalmente. Para crear una adicción se precisa una complicidad del sujeto con la sustancia tóxica.

Esta complicidad es diferente, según los casos. Las personas mal estructuradas psíquicamente desde los estadios iniciales de la vida infantil son fácil presa de la toxicomanía. Pero no son los casos más frecuentes. Aquéllas otras que han sufrido algún grave traumatismo en fases anteriores a la adolescencia y no han podido superarlo convenientemente, delatan también un interior conflictivo propenso a las sustancias tóxicas. Tampoco son hoy muy numerosos estos casos.

Mucho más frecuente son aquéllos en los que el adolescente o el joven vive un conflicto actual agudo con su entorno familiar, escolar o sentimental. La huida hacia la droga se convierte en una falsa salida para eludir el afrontamiento de los conflictos. El «paraíso» de la droga se les aparece como un cómodo refugio. Un

4. El «hachis» es la resina de la planta del cáñamo, al igual que la «marihuana» está compuesta del tallo y de las hojas de la misma planta. Mientras «la marihuana» es utilizada en América del Norte, el «hachis», de efectos tóxicos cinco veces más activos que ella, es el utilizado habitualmente entre nosotros. Su nombre vulgar más usual es «chocolate». Un «porro» o un «canuto» es un cigarrillo de tabaco mezclado con «hachis».

paraíso engañoso que en vez de ofrecerles alegría y libertad, les aporta infelicidad y esclavitud.

Pero el aumento espectacular del mercado de la droga y la facilidad extraordinaria de acceder a él está creando ya un grupo generacional que, exento de graves alteraciones psíquicas, libre de traumatismos serios, carente de conflictos actuales con el entorno, va introduciéndose «alegremente» en el mundo de la drogodependencia. Este grupo tiende a crecer.

Al menos en estos *dos últimos* tipos de drogadictos existe una responsabilidad personal. No son pura ni primariamente víctimas de la sociedad ni personalidades patológicas con sensibles trastornos que les priven de libertad. Son, a lo sumo, jóvenes que son probados por la vida o quieren probarla por vías arriesgadas y dañosas. Es suya la elección de drogarse. Existen factores biológicos, psicológicos y sociológicos que los condicionan. No siempre pueden por sí mismos controlar estos factores. Pero sí pueden controlar, debidamente ayudados, su respuesta personal a los mismos.

2. El sórdido mundo del tráfico de drogas

En torno a esta complicidad interior existen muchas complicidades exteriores.. Una de ellas, la más inmediata, es el tráfico de drogas. Juan Pablo II la ha calificado recientemente como «la organización de la muerte a nivel intercontinental».

La gente de la calle conoce solamente las últimas ramificaciones de esta red tenebrosa: el consumidor que, para seguir administrándose, necesita traficar en pequeñas cantidades, y el distribuidor de la zona, que provee a estos consumidores y traficantes a pequeña escala. La acción de la policía alcanza, de ordinario, únicamente a estos dos tipos de transmisores.

Pero la batalla del tráfico se juega en instancias más escondidas y más poderosas. En la cúpula se encuentran los *grandes traficantes internacionales*. Son *bandas mafiosas* que obtienen en sus lugares de origen el opio del que deriva la heroína (Asia), la coca de la que se extrae la cocaína (América del Sur) o el cáñamo, del que se obtiene el «hachis» (Africa del Norte o América del Sur). Sus beneficios económicos son inmensos y son invertidos en empresas legales e, incluso, en instituciones benéficas que les sirven de cobertura legitimadora para «purificar el dinero sucio» obtenido por tan turbios caminos.

Pero el tráfico de drogas no está sustentado únicamente en los profesionales de la delincuencia. En él están implicados empresas y altos ejecutivos «más allá de toda sospecha». Ellos ponen, a cambio de altas compensaciones económicas, sus propias redes de comunicación y de transporte al servicio de los grandes traficantes. De esta manera, junto a la mercancía «inocente» que las empresas vehiculan puede viajar impunemente la mercancía dañina de la droga.

No consta que en el Estado Español existan bandas de grandes traficantes que obtengan o transporten droga a nuestro país. Sí parece existir empresas implicadas en este transporte o, al menos, ejecutivos y trabajadores enredados en este tráfico. Una vigilancia mayor por parte de las mismas empresas a fin de que sus redes no sean utilizadas como conductos del vicio nos parece necesaria. Una *atención policial* más cuidada y más concertada con otras policías, a los medios de transporte continental e intercontinental podría llegar hasta eslabones más altos de la cadena del tráfico.

3. Los intereses de las grandes potencias

Los países productores de estas sustancias tóxicas no son, los mayores beneficiarios económicos de dichos productos. En mucho menor grado lo son todavía los cultivadores mismos. Hay drogas, como la heroína, que pueden llegar a valer miles y miles de veces más en el mercado negro que en origen. Quienes se benefician principalmente de este negocio son los países «civilizados». A ellos les interesa mantener zonas de producción alejadas de su propio suelo.

Tenemos, como es obvio, más datos acerca de los países del bloque occidental. La censura informativa a que está sometido el bloque oriental hace muy difícil obtener de ellos noticias fiables. No faltan, con todo, algunos indicios de que también estos países albergan intereses semejantes.

¿Cuáles son estos *intereses concretos*? En primer lugar, los geoestratégicos. El reparto del mundo en dos zonas de influencia política de signo contrapuesto impulsa a veces a las grandes potencias a promover o, al menos, sostener, en los países productores de estas sustancias, gobiernos inestables que favorezcan o toleren más fácilmente la producción y el tráfico de la droga.

Existen, además, claros intereses económicos. Los bloques políticos y las multinacionales instaladas en ellos están implicados mutuamente. La prosperidad de éstas aporta a las arcas públicas ingresos saneados que es preciso garantizar. Su florecimiento económico interesa grandemente a los países correspondientes porque alimenta su fortaleza económica. Estos intereses comunes favorecen la tolerancia y permisividad de los gobiernos para con aquellas actividades relativas a la droga, protagonizadas por las grandes empresas. Es sintomático, por ejemplo, que sólo el 10% de las drogas que circulan por el mundo desarrollado sean decomisadas por la autoridad pública. Tal escaso porcentaje sólo se explica desde la clave de un cierto grado de complicidad, de connivencia o de tolerancia.

4. Nuestra propia complicidad

La explosión del fenómeno de la droga juvenil es todavía muy reciente en Euskal Herría y en España. Se ha producido en el último decenio. No podemos presumir de haberla previsto con clarividencia a la luz de la experiencia anterior de otros países, ni de haberla atajado eficazmente desde sus comienzos. La escuela, la policía, la Administración Pública, la Iglesia y la sociedad entera hemos tomado conciencia de este problema con excesivo retraso⁵.

Nuestra tierra estaba, por otro lado, bien abonada para que la droga arraigara en la juventud. La crisis económica con su alta tasa de desempleo juvenil, las deficiencias de equipamiento deportivo y sanitario, el fenómeno terrorista que ha concentrado la atención de la sociedad y de las mismas fuerzas del orden, el caos urbanístico de muchos barrios infradotados en los que viven hacinados miles y miles de seres humanos.... han hecho posible que la erupción de la droga prendiera en la juventud.

Si las condiciones materiales eran propicias, el clima espiritual de nuestro pueblo ofrecía por su parte un flanco adecuado. La rápida alteración del modelo

5. La droga irrumpe masivamente en los EE.UU. al final de la década de los 60. Al principio de la década de los 70 se convierte en un fenómeno social en Europa. En los años finales de esta misma década se extiende en el Estado Español. La solidez del tráfico de droga a nivel europeo hace más fácil, más intensa y más estable su introducción en España.

familiar, las corrientes permisivas en la educación, el consumismo alocado de los últimos decenios, la crisis de valores, el desinflamiento de ideales sociales y políticos y el oscurecimiento del sentido religioso de la vida han sido un caldo de cultivo apto para que la droga hiciera mella en la generación juvenil.

No deja, por otro lado, de llamarnos la atención *el paralelismo existente*, en muchos puntos del mundo, entre el tráfico de la droga y el tráfico de armas. Las redes de ambos tráficos coinciden: allí donde hay tráfico de armas existe, por los mismos canales, tráfico de droga. Se puede afirmar razonablemente que no se trata de pura coincidencia de rutas y destinos. El tráfico de la droga ha sido uno de los medios utilizados por diversos movimientos revolucionarios o terroristas para costearse sus propias armas. Tenemos motivos fundados para sospechar que este mismo procedimiento ha sido utilizado, al menos en algunas ocasiones, en nuestra propia tierra.

Es voz común que en casos puntuales, pero no excepcionales, algunos agentes del orden público se han propasado en el ejercicio de sus funciones, al suministrar, a determinados delincuentes, dosis de droga para obtener a cambio la información requerida para sus pesquisas.

III. EL SIGNIFICADO DEL FENOMENO DE LA DROGADICCION JUVENIL

La drogadicción juvenil es un fenómeno social no sólo por su extensión ni por la complicidad de la sociedad entera en su génesis y desarrollo, sino también porque es un síntoma clamoroso que revela la enfermedad de nuestra sociedad, las contracciones por las que está surcada, sus carencias y sus crisis.

Un síntoma no es nunca puro efecto de causas convergentes. Es algo cargado de significación. Vela y desvela al mismo tiempo una realidad que intenta esconderse tras él, sin lograrlo del todo. La pregunta: «¿por qué se drogan nuestros jóvenes?», no puede ser adecuadamente respondida sólo desde la clave de las *causas* que concurren para la emergencia de este fenómeno. Ha de ser respondida también desde la clave de los *motivos* que los inducen a este modo de vida desviado. En una palabra, es preciso analizar y combinar causalidad y significación.

Las reflexiones que se divulgan entre nosotros en torno a la droga subrayan fuertemente las causas y débilmente los motivos. En el ánimo de compensar este déficit en el tratamiento del tema, queremos aportar algunos elementos menos conocidos que consideramos sólidamente fundamentados⁶.

1. Droga y satisfacción inmediata de los deseos

El hombre madura como tal en la medida en que va aprendiendo a diferir la satisfacción inmediata de sus deseos en aras de unos ideales o de una satisfacción ulterior más razonable y más enriquecedora.

6. Tengamos en cuenta, para una lectura correcta del cap. III, que la droga es una sustancia física, que introducida en el organismo, produce alteraciones bioquímicas que ejercen su influencia en el psiquismo de los individuos. La lectura en clave sociológica y psicológica del fenómeno de la droga ha de ser articulada con una lectura en clave médica y psiquiátrica.

En el hueco entre la emergencia del deseo y la satisfacción diferida, aquél se elabora, se humaniza, se domestica. La altiva exigencia que postula que otros le den «todo y ahora» se va convirtiendo en humilde demanda que tiene en cuenta el principio de la realidad y se apresta a conseguir gradualmente y por su propia colaboración el objeto deseado. Un deseo así elaborado está preparado para que, llegado el momento de la satisfacción ésta produzca un gozo y un bienestar de más alta calidad.

Cuando sistemáticamente la satisfacción es inmediata, el deseo imperioso y exigente no se saborea pausadamente ni aquieta suficientemente el espíritu humano. Pronto surge un nuevo deseo más apremiante de un objeto más intensamente excitante. El sujeto se ve abocado a vivir la tensión entre un deseo cada vez más voraz y una insatisfacción crónica cada vez menos tolerable.

Nos parece que ese déficit en la elaboración del deseo humano, acrecido por una educación poblada de permisividad, de estímulos hedonistas y de miedo a frustrar, está en el origen de muchas drogadicciones. El recurso a la droga sería la expresión de un deseo de satisfacción que no sabe esperar ni sabe labrar y conseguir su propio objeto. La droga se lo proporciona de inmediato, pero irrealmente y para un momento. Tras el éxtasis que agota al organismo y el psiquismo, viene el decaimiento y el hastío. Y muy pronto el sujeto se verá de nuevo remitido a la desnudez de un deseo siempre emergente y siempre insatisfecho. La repetición de este ciclo resume la vida del drogadicto.

2. La evasión a un mundo ilusorio

La realidad personal y circundante, por positiva que sea, está lejos del ideal entrevisto. Ni el propio cuerpo, ni el carácter, ni la familia, ni la escuela, ni los amigos, ni la sociedad son lo que quisiéramos que fueran. De esta distancia entre la realidad vivida y el ideal soñado brota la inquietud.

Esta inquietud, que caracteriza al ser humano y lo distingue del animal, puede orientarse en una doble dirección. La primera consiste en asumir la realidad tal cual es e intentar acercarla al ideal, transformándola. La inquietud se vuelve entonces una palanca positiva para mejorar la realidad.

Pero esta dirección es costosa para el adolescente y el joven, poco avezados todavía para reconocer la resistencia de la realidad al cambio, poco pacientes para respetar sus ritmos de modificación exasperantemente lentos y poco preparados para tolerar la frustración que nace de la constatación de que, tras los esfuerzos, la distancia entre el ideal y la realidad subsiste.

Entonces surge la tentación de orientar la inquietud en otra dirección. El sujeto intenta negar la realidad y huir hacia la construcción imaginaria de «*un mundo feliz*». La droga es el vehículo apto para este viaje imaginario. Ella sume al adicto en una placidez que borra los contornos de la realidad, en la que las cosas son percibidas imaginariamente como deberían ser idealmente. Al menos crea en él un estado físico y anímico de agrado o de quietud que le inmuniza de momento ante la crudeza de lo cotidiano. Esta crudeza reaparece inexorablemente al término del corto «viaje» emprendido. Entonces no queda sino una *doble alternativa*: reconciliarse críticamente con las cosas como son o seguir «viajando» ininterrumpidamente. El toxicómano escoge la segunda.

El mundo real, aunque denegado ilusoriamente, sigue siendo para el adicto algo temido y odiado. Su objetivo máximo es no encontrarse nunca con él tal cual es. Y para ello necesita de la droga. Esta se convierte así en el ídolo de su vida. Toda

ella empieza a girar en torno a la droga. Todo queda sacrificado en aras de este nuevo «dios» a su servicio. La vida sin droga es, para él, algo gris y sin sentido. Nada vale, salvo esta substancia divinizada. La familia, los amigos de siempre, serán utilizados en tanto en cuanto favorezcan el contacto con la droga. Los ideales y la conciencia moral van extinguiéndose poco a poco hasta el naufragio total. Vivir acaba equivaliendo a drogarse. Este es el mundo, desolado y desolador, hacia el que caminan muchos drogadictos.

3. El oscurecimiento de los ideales, de los valores y de la normativa

No se puede comprender la extensión y la intensidad de la drogadicción juvenil si no se la sitúa en el contexto de la crisis de civilización padecida por Occidente.

Esta crisis se caracteriza, entre otros rasgos, por la decadencia de ideales, como el religioso, el social y el patológico, que constituían un horizonte de realización, un estímulo de superación y un cauce de servicio generoso.

Junto a la decadencia de ideales encontramos un oscurecimiento o, al menos, una transmutación de muchos valores motivadores del comportamiento. Familia, trabajo, autoridad, sexualidad, etc., no significan *ni valen* lo mismo antes y después de la crisis.

Valores e ideales engendran unas pautas de comportamiento coherentes con ellos. El desfallecimiento de aquéllos comporta progresivamente el hundimiento de éstas.

Estas crisis de civilización ha dejado a una parte de la generación joven desguarnecida por déficit de ideales, desmotivada por el oscurecimiento de valores y desorientada por la caída de la normativa. En este relativo desierto espiritual, la juventud siente el vértigo del vacío. Nada tiene sentido; no hay causas nobles por las que merece la pena vivir. Entonces el horizonte de futuro se nubla. No queda sino vivir el presente intensamente y deprisa, exprimiéndolo hasta la última gota.

La droga vendría a «llenar» este vacío, a poblarlo y a amueblarlo con otras sensaciones y con otras relaciones. Uno se hace adicto a la droga porque carece de motivaciones fuertes en cualquier dirección. La droga se impone por defecto.

4. Los aspectos inhumanos de nuestra sociedad

El rostro de la sociedad que perciben muchos jóvenes les es extraño, hostil, e incluso despreciable. Está dominado en buena parte por «valores» contrapuestos a los que teóricamente profesa: poseer, en vez de compartir; dominar en vez de servir; utilizar a los demás en vez de serles útil; parecer, en vez de ser.

Junto a bastantes familias normales e incluso ejemplares, muchas otras presentan a los jóvenes adictos un modelo insatisfactorio de relación conyugal o un sistema educativo basado en la rigidez o en la permisividad. La rigidez excesiva genera frecuentemente impulsos a transgredir la normativa. Drogarse puede ser, en este contexto, el símbolo y el acto máximo de la transgresión. La permisividad inmoderada, por su parte, crea seres incapaces de tolerar las inevitables frustraciones de la vida y, por ello, más propensos a recursos artificiales y dañinos como la substancia tóxica.

El fracaso escolar, sobre todo cuando es prematuro, va minando el aliento de miles de adolescentes menos dotados o menos motivados. Esta experiencia les conduce a perder su propia estima, al no sentirse valorados y estimados por los demás. La falta de autoestima es una incitación hacia ambientes marginales poblados por la droga.

La crisis económica grave y prolongada alienta las incertidumbres de los jóvenes acerca de su porvenir profesional, que constituye un elemento primordial en su proyecto de vida. A la escasez de *motivos* para vivir, antes apuntados, se añade así la precariedad de los *medios* para salir adelante. No todos los jóvenes están preparados para sumir, sin desmoronarse, esta incertidumbre. No resulta tan extraño que bastantes busquen salidas ficticias y nocivas en el mundo de la droga.

En suma, las carencias y contradicciones que derivan de una sociedad concebida primordialmente como proyecto técnico y no como comunidad que construye su historia en torno a un destino compartido y dotado de sentido, quedan apuntadas y reflejadas agudamente en el síntoma de la drogadicción juvenil.

IV. DROGADICCIÓN JUVENIL Y MENSAJE CRISTIANO

Ningún problema humano es ajeno a la fe cristiana ni a la preocupación de la comunidad eclesial. El drama sangrante de la droga juvenil no puede constituir una excepción. El mensaje de Jesucristo ofrece claves, contenidos e interpretaciones que iluminan la comprensión cristiana de este azote social y motivan la contribución de los cristianos para paliarlo y, en la medida posible, erradicarlo.

1. Es posible vivir sin droga

Habitualmente el toxicómano reconoce que la droga le hace esclavo y desgraciado. Pero al mismo tiempo está invadido por la persuasión de que le es imposible vivir sin drogarse. En muchas ocasiones ideologiza y generaliza esta persuasión llegando a sostener que la vida humana no merece ser vivida si no es aliviada y visitada por la droga. La enfermedad de la voluntad y del gusto de vivir, que afecta en un grado y otro a la sociedad civilizada de Occidente, se revela en el drogadicto en toda su intensa crudeza.

Ante esta supuesta filosofía de la vida, la fe cristiana proclama, en primer lugar, que vale la pena vivir esta existencia humana surcada por la impotencia, la contradicción y el sufrimiento. La vida no es una pasión absurda y sin sentido como puede sugerirnoslo la constatación diaria de tantas experiencias negativas y dolorosas. Está dotada de un sentido: construir piedra a piedra la humanidad nueva proclamada e inaugurada por Jesús. Por ello la fe es adversaria del absurdo.

Pero además, nuestra fe nos descubre que lejos de ser una carga insoportable, la vida es buena, es un regalo de Dios. Contiene en sí misma las fuentes de satisfacción necesarias para vivirla con alegría: el amor, la amistad, la realización profesional, el placer estético, el bienestar corporal, el gozo de servir y ser útil, la paz de la conciencia, la relación viva con Dios. Una vida así no necesita recurrir a fuentes artificiales y nocivas de satisfacción. Está regada suficientemente para afrontar con entereza las inevitables contrariedades que azotan la existencia humana. Se puede y se debe vivir sin droga. Es más: no se puede vivir una vida auténticamente humana bajo la esclavitud de la droga.

2. Es posible la rehabilitación de los toxicómanos

La toxicomanía provoca desesperanza, e incluso desesperación en los jóvenes afectados, en sus familiares y educadores y en la sociedad. El mensaje cristiano interpela a esta desesperanza y la confronta con la fe en la resurrección. Creer en el Resucitado comporta albergar la convicción profunda de que nunca llega el ser humano a estar totalmente corrompido ni envilecido. Por degradado que se encuentre, siempre existe en él un punto incorruptible, abierto a la regeneración. Subsiste siempre en el hombre un deseo, por débil y encadenado que se encuentre, de rehabilitación. Una fe cristiana intrépida sabe leer en este «reducto del bien», que anida indefectiblemente en el corazón humano, un signo de la presencia salvadora del Resucitado.

Este reducto pervive también en los drogadictos. Por muy deteriorado que se encuentre su organismo, su psiquismo y su sentido moral, hay una posibilidad de recuperación. Por muy complicado que se encuentre en las redes de la droga y del mundo que se teje en torno a ella, queda una esperanza de rehabilitación. La fe en Jesús nos urge a confesar esta convicción, a pesar del pesimismo destilado con frecuencia por la experiencia, las estadísticas, los estudios psicológicos y sociológicos y los pronósticos sombríos. Nuestra confianza de creyentes no se funda en ellos. Tiene el valor de mantener su afirmación más allá de todas estas legítimas prospecciones de los saberes humanos⁷.

Es preciso que los cristianos seamos portadores de esta esperanza inquebrantable que se mantiene incluso cuando han ido cayendo otras esperanzas. Transmitirla persuasivamente a los afectados, a sus familias y a la sociedad es un cometido noble e ineludible de la comunidad cristiana⁸.

3. La salvación cristiana es liberación total

La salvación aportada por la muerte y la resurrección de Cristo se realiza plenamente en la vida futura, más allá de la historia. Pero se inicia ya en la existencia histórica de las personas y de los grupos humanos. Esta salvación ha sido calificada por Pablo VI como «liberación de todo lo que oprime al hombre, especialmente del pecado»⁹. Es, por ello, liberación de los automatismos psíquicos que hacen al hombre esclavo y desgraciado. Es igualmente liberación de los condicionamientos sociales que le envilecen y empañan su dignidad de hijo de Dios. Es asimismo liberación de las servidumbres éticas que en lenguaje religioso llamamos pecado. Es, por fin, liberación de la muerte que queda definitivamente vencida por la resurrección final.

7. Las estimaciones científicas más fiables de recuperación se sitúan, hoy por hoy, en torno al 30%.

8. Juan Pablo II ha subrayado con vigor este pensamiento: «Las crisis humanas y sociales más difíciles pueden superarse a la luz del Evangelio. Por lo mismo, se puede salir también del drama de la droga para volver a encontrar el camino de la confianza en la vida. Si se ha obtenido la victoria sobre este terrible mal de la sociedad moderna en no pocos casos, existen las más fundadas razones para creer que puede y debe ser posible siempre... La droga no es un mal irreversible» (*L'Osservatore Romano*, 10-VI-1984). «Sed testigos de la esperanza para (los) jóvenes (toxicómanos) y para todas las personas. Hay que vencer la desesperación... Dad así testimonio de la esperanza a este mundo contemporáneo que tantas veces carece de esperanza» (ibid., 16-X-83).

9. «*Evangelii nuntiandi*», n.º 9.

Si hay algo que destruye al joven y le encadena a automatismos internos y a condicionamientos externos es la droga. Frente a este nuevo ídolo de nuestro tiempo se alza ante el joven el único Señor de los hombres, Jesús. El Señor transforma por su Espíritu a los esclavos en hijos libres. Su señorío, lejos de inducir a una nueva esclavitud, es fuente de libertad, porque impide que otros «señores» como la droga se adueñen de nuestra vida. Jesús, el Señor, es estímulo y exigencia para ir rescatando en el interior de cada drogadicto y en el seno del mundo de la droga esas zonas oscuras que no están ganadas todavía para la libertad del Resucitado. El nos conforta a los cristianos para que allí donde existen las cadenas de la droga hagamos nacer la libertad propia de los seres humanos.

4. Jesús y los marginados

La conducta de Jesús para con los marginados de su tiempo resulta sorprendente incluso hoy en día. Saltándose los usos y la mentalidad estricta de su tiempo, se acerca a los excluidos de la sociedad: las prostitutas, los publicanos, los leprosos y los endemoniados¹⁰. Les invita a entrar en la nueva comunidad que El crea. Restaura así su dignidad perdida devolviéndoles la libertad de los hijos de Dios y conduciéndoles a reconciliarse con ellos mismos, con los demás y con Dios Padre.

Los drogadictos son, sin duda alguna, uno de los grupos marginados de esta sociedad. Suscitan en mucha gente un reflejo defensivo de separación, análogo al que provocaban los leprosos del tiempo de Jesús. Muchos les consideran en exceso responsables de su situación. Los adultos quisieran evitar todo contacto de los suyos con ellos. Bastantes jóvenes los rehuyen por temor a contagiarse de su condición. Son temores comprensibles. Pero ¿cómo se compaginan con la actitud abierta de Jesús?¹¹.

Nuestra tarea de creyentes comienza por mirar a los toxicómanos con los ojos con que Jesús les mira. Esta mirada nos conducirá a ofrecerles nuestra ayuda en el proceso de su regeneración y reinserción social. Tal ayuda ha de serles brindada no con ánimo paternalista sino con un espíritu verdaderamente fraterno, traspasado por la convicción de que son ellos los protagonistas de su propia recuperación. Nosotros les ayudamos a ayudarse a sí mismos y a nosotros.

Esta ayuda les será también necesaria en el momento delicado en que, una vez regenerados, quieran reinsertarse plenamente en la vida social a través del trabajo y de la creación de nuevas relaciones. Las actitudes excesivamente cautelosas, si no suspicaces, con las que a menudo se encuentran en esta fase, no son cristianas. Provocan en ellos un intenso sufrimiento y, en más de una ocasión, les inducen a volver a hundirse en su postración anterior.

10. Lc 7, 36-50; 17, 11-19; Mt 9, 10-13; Mc 5, 1-20; 9, 14-29.

11. En cada época de la historia la sociedad ha estigmatizado preferentemente a un grupo de enfermos del cuerpo social separándolos de su seno y adoptando ante ellos actitudes agresivo-defensivas intensas y específicas. Tal es el caso de los leprosos y de los epilépticos en la Edad Antigua. En la Edad Media y Moderna los locos son los principales portadores de este estigma social. ¿Serán los drogadictos quienes tengan que asumir en nuestra época este penoso relevo?

5. La solidaridad entre los miembros del Cuerpo de Cristo

Si la sociedad tiene motivos para reconocer a los toxicómanos como miembros propios, la comunidad cristiana los tiene aún en mayor medida. Pablo compara la Iglesia a un cuerpo que tiene a Cristo por Cabeza. En este cuerpo todos somos responsables unos de otros. Los miembros más débiles son los que merecen un trato y un cuidado especialmente delicado¹². Los únicos legítimamente privilegiados para la comunidad cristiana deben ser los más desfavorecidos en la sociedad.

Los jóvenes toxicómanos se merecen de la comunidad eclesial este trato especialmente cuidadoso. Son miembros enfermos del Cuerpo de Jesús. Sus conflictos interiores y exteriores hacen de ellos seres todavía emotivamente frágiles, moralmente débiles, medrosos ante toda responsabilidad. No se sienten dignos de ser amados ni son capaces aún de amar con amor firme y estable.

El amor eficaz y respetuoso de la comunidad cristiana ha de constituir para ellos prueba de que son dignos y capaces de dar y recibir amor y respeto. Un amor así se convierte en sacramento del amor que Jesús les tiene. Y es capaz de suscitar en ellos el coraje necesario para volver a amarse y respetarse a sí mismos.

Si la reserva de la sociedad ante el drogadicto regenerado nos parece inhumana, la reticencia de la comunidad cristiana a aceptar plena y confiadamente en su seno, con todas las consecuencias, a los extoxicómanos creyentes que deseen reinsertarse en la vida y en las tareas eclesiales sería profundamente anticristiana. La Iglesia tiene la vocación de apostar por ellos. Ha de superar el primer movimiento espontáneo de recelo que suscitan, mediante un gesto magnánimo de confianza en su capacidad de ser miembros activos y responsables del Cuerpo de Cristo.

6. La denuncia de las causas de la droga

La acogida de los toxicómanos, inspirada por un amor que confía en ellos, no es la única misión de la Iglesia en este terreno. Tenemos también una misión profética arriesgada, pero ineludible, que ha de decir verdades incómodas, encubiertas por tantos intereses turbios. Al estilo de Jesús, al mismo tiempo que acogemos a los drogadictos, hemos de denunciar las causas que los provocan.

Hemos de tener, en primer lugar, el coraje de decir a los drogadictos mismos que también ellos son responsables de su condición. Con cariño, pero con claridad, hemos de invitar asimismo a sus familias a revisar la calidad de su propio hogar.

Nos corresponde reprobar con toda firmeza la conducta de los grandes y medianos «profesionales» del tráfico de la droga. Produce estupor e indignación el que existan grupos de personas que se enriquecen sin escrúpulos a costa de hundir en la destrucción a tantos miles de jóvenes. Es casi impensable que seres humanos puedan bajar a tales abismos de degradación moral.

Nuestra misión profética nos obliga igualmente a formular sin paliativos una severa censura de la conducta de aquellos Estados, multinacionales y ejecutivos implicados, en un grado u otro, en el tráfico de drogas. Ni siquiera legítimos intereses políticos y económicos justificarían tan funesta complicidad.

12. Cfr. Rm 12, 4-21; 1 Co 12, 12-13.

Tenemos que descalificar asimismo con toda intrepidez el comportamiento de grupos armados que recurren, para fines más que discutibles a este nefasto comercio con sustancias tóxicas. Este triste fenómeno se da, en ocasiones, entre hijos de nuestro mismo pueblo.

No podemos tampoco dejar de denunciar el proceder de cualquier investigación, aun por parte de miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado, que utilice, en algunas circunstancias, el cebo de la droga como medio de obtener información o como instrumento de pesquisa policial. Los medios utilizados en este trabajo justo y necesario han de ser siempre honestos y respetuosos con la dignidad de las personas.

Hemos de desvelar también las lacras de toda una sociedad que, al erigir los falsos dioses de la eficacia a todo trance, de la competitividad sin entrañas y del consumismo hedonista, se constituye a sí misma en caldo de cultivo de la toxicomanía.

Pero no sería del todo honesta la palabra profética de la Iglesia si, al tiempo que interpela a los demás no se interpelara también a sí misma. Muchos drogadictos son –o lo han sido hasta ayer– miembros de la Iglesia. Se han educado en nuestros colegios, han asistido a nuestras catequesis parroquiales, han tenido relación con grupos cristianos, viven en la misma escalera que creyentes conscientes de su fe y comprometidos en la vida eclesial. ¿Qué ha faltado en esa comunicación para que no experimentaran, a través de nosotros, la plenitud de sentido que ofrece la fe, la fuerza que ésta ofrece para afrontar las dificultades de la vida, los valores cristianos capaces de motivar una existencia? ¿Dónde hemos estado en los momentos críticos de sus primeras dificultades y de los primeros pasos hacia la droga? ¿No «pasamos de largo» frecuentemente junto a los toxicómanos como el sacerdote y el levita de la parábola del buen samaritano?¹³.

No se trata de provocar un estéril sentimiento de culpabilidad, sino un saludable examen de conciencia para poner a punto nuestras disposiciones y capacidades del presente y comprometernos de manera coordinada, inteligente y abnegada en un servicio más exigente.

7. La acción liberadora

La tarea de los cristianos consiste en anunciar la libertad aportada por Jesús y en denunciar las cadenas que obstaculizan el desarrollo de dicha libertad. Pero no se reduce a este doble cometido. El anuncio y la denuncia quedan substancialmente incompletos si no van acompañados del compromiso liberador. Como Jesús, somos llamados a verificar la palabra liberadora mediante las obras de liberación.

El mundo de la toxicomanía se nos presenta hoy como un campo ineludible y privilegiado para este compromiso liberador. Estamos persuadidos de que los drogadictos constituyen una interpelación urgente del Señor para nuestras iglesias locales. Las palabras de anuncio de denuncia, lejos de aquietar nuestra conciencia, nos estimulan a poner en marcha los dinamismos y recursos para la acción.

Nuestras diócesis están dando ya los primeros pasos para plasmar esta voluntad de acción en iniciativas concretas encaminada a ofrecer una respuesta

13. Lc 10, 29-37.

modesta, pero efectiva, a este grave problema. Esta misma Carta Pastoral está escrita para respaldarlas y promoverlas.

Las iniciativas eclesiales y cívicas orientadas a la prevención de la droga, a la rehabilitación de los toxicómanos y a la asistencia a sus familiares han de ser para muchos cristianos el cauce apropiado para invertir recursos materiales y humanos en esta noble tarea.

8. La cruz

Una acción inteligente, coordinada y abnegada puede rehabilitar a muchos toxicómanos todavía desasistidos. Y sin embargo otros muchos, incluso asistidos, no llegan a regenerarse. A pesar de los esfuerzos de su entorno familiar y social y de intentos intermitentes de los propios drogadictos, se van hundiendo en un viaje sin retorno. Su posibilidad radical de rehabilitarse se va amortiguando paso a paso. No nos engañemos: hay situaciones que hoy son prácticamente irreversibles. ¿Queda alguna palabra cristiana que acompañe con sentido esta agonía implacable? ¿Alguna palabra que aporte verdadero consuelo al martirio interior de tantos toxicómanos y de sus familiares y amigos? Queda una sola palabra: la cruz.

No es posible pronunciar con honestidad y sin pudor el nombre de la cruz cuando la parte más pesada de esta cruz recae sobre los hombros de otras personas. Pensamos ante todo en los drogadictos y en las familias de estos jóvenes sin otra salida que su propia destrucción. Pero, a pesar de todo, hemos de tener el valor de pronunciarla y predicarla, «para no vaciar la cruz de Cristo»¹⁴.

Ante situaciones irreversibles caben reacciones diferentes. Algunos se hunden en la desesperación. Otros se confinan en la rebeldía interior. Bastantes se refugian en el resentimiento social. Hay quienes van elaborando una resignación estoica. Hay también verdaderos creyentes que, con dolor y con trabajo, van descubriendo y aceptando la cruz de Jesús.

Conocemos a familias que viven este calvario como prolongación del calvario del Crucificado. Están en pie, como María, junto a la cruz en la que va acabándose el hijo, el hermano, el esposo. Aceptan tomar parte en la pasión de Cristo. Aceptan «completar en su propia carne lo que falta a la pasión de Cristo, por su Cuerpo que es la Iglesia»¹⁵. La cruz del Señor les resulta cruda y dolorosa, pero de ella extraen consuelo, fortaleza y sentido. Aprenden de su propio sufrimiento, al vincularlo a la cruz del Señor. Ellos nos brindan con su testimonio silencioso el suplemento de arrojo para predicaros con temblor a todos los que os encontráis en una situación semejante, «el escándalo de la cruz de Cristo»¹⁶. Ellos nos enseñan a no pronunciar «alegremente» el nombre de la cruz. La única manera de no incurrir en esta frivolidad es ayudarles a soportarla con nuestros propios hombros.

V. HACIA UNA SOCIEDAD SIN DROGA

Las reflexiones precedentes nos conducen de manera ineludible a formularnos la siguiente pregunta: ¿qué podemos hacer entre todos para erradicar o, al menos, contener y paliar la drogadicción de los jóvenes?

14. Cfr. 1 Co 1, 17.

15. Col 1, 24.

16. 1 Co 1, 12-24.

Hemos de comenzar confesando la desproporción existente entre la magnitud del problema y la limitación de las actuales posibilidades de respuesta de la sociedad. No sería honesto suscitar en este punto expectativas desorbitadas a corto o medio plazo. Nadie tiene hoy por hoy fórmulas y medios de solución adecuados a la gravedad y extensión de esta lacra social. Quienes tengan la pretensión de poseerlas delatan un optimismo ingenuo o unos intereses dudosamente justificables.

1. Las grandes tareas comunes

Esta declaración de la modestia de nuestros medios no es, en modo alguno, desnuda confesión de impotencia ni cómoda justificación de actitudes de pasividad. En el horizonte de la lucha contra la drogadicción se dibujan, y se van encarnando ya, algunas de las grandes tareas que aquélla está reclamando.

1.1. La prevención de la toxicomanía

Una de ellas es la prevención. Estudios fiables muestran que ésta es especialmente necesaria y eficaz en la fase anterior a los 14 años de edad.

La prevención se realiza con fruto en el seno de la vida familiar cuando ésta logra ser al mismo tiempo espacio de libertad y de normativa, de diálogo y de autoridad, de amor y de exigencia y cuando sabe transmitir a sus jóvenes miembros una doble y correcta tabla de valores.

La prevención se realiza asimismo en la escuela cuando la educación impartida enseña a los alumnos a afrontar adecuadamente los conflictos propios de todo crecimiento. Los conflictos que nublan a adolescentes y jóvenes toxicómanos y no toxicómanos son, en substancia, los mismos. Lo que realmente los diferencia es la manera de afrontarlos. Es tarea de la escuela ayudar a unos y otros a asumirlos y resolverlos por caminos que, en vez de provocar la ruina del sujeto, favorezcan su autoconstrucción.

La acción preventiva se lleva a cabo igualmente allí donde el ambiente exterior que rodea a niños y adolescentes se torna más humano y más socializado. Es importante registrar, a este respecto, un dato comprobado por estudios rigurosos: los jóvenes no asociados son mucho más fácil presa de la droga que aquellos que pertenecen a movimientos y organizaciones propias de su edad. Promover el asociacionismo juvenil es prevenir la drogadicción.

La formación general y específica de padres y educadores escolares y extraescolares se revela también como una de las tareas preventivas más importantes. La calidad de los educadores y la rectitud de sus criterios en torno a la droga son elementos decisivos. No son tan escasos los jóvenes que, en su pasado todavía muy reciente, se han deslizado en la droga por obra y gracia de criterios o de actitudes permisivas, teñidas de un falso baño «liberador», de algunos educadores.

En fin, una información veraz, exenta de sensacionalismo y encaminada a destilar, a través de ella, criterios rectos en los jóvenes, en los padres y en la opinión pública, está destinada a completar este importante capítulo de una inteligente labor preventiva.

1.2. La rehabilitación del toxicómano y la atención a su familia

En una sociedad tan afectada por la droga no basta precavernos para el futuro. Es preciso, al mismo tiempo, curar las heridas del presente. Los miles de toxicómanos y sus familias están postulando este servicio urgente.

Las comunidades terapéuticas, cuando están animadas por unos criterios éticos y pedagógicos correctos, vienen precedidas de un cuidadoso servicio de acogida y son completados por un acompañamiento cercano en la fase ulterior de reinserción social, constituyen una contribución, todavía modesta en extensión, pero real y cargada de esperanzas para la rehabilitación del toxicómano. En ellas puede éste construir una imagen más real de sí mismo, recobrar la autoestima, anudar relaciones más auténticas, adquirir unos hábitos de disciplina interna y descubrir valores importantes que nada significaban para él.

Por ser la más directamente afectada por el drama del drogadicto y por constituir uno de los resortes más poderosos en su rehabilitación, la familia del toxicómano requiere y merece una atención esmerada. Los encuentros periódicos con personas especializadas pueden ayudarle a asumir positivamente la situación delicada que un toxicómano crea o desvela en su propio hogar. En estos encuentros tienen ocasión de ir descubriendo las posibles deficiencias familiares que fueron caldo de cultivo de la conducta desviada de uno de sus miembros. Asimilan al mismo tiempo unas pautas de comportamiento pedagógico que les impidan incurrir en el rigor excesivo o en la cesión sistemática ante el chantaje a que aquél intenta someterles. Mucho cabe esperar de unas familias así motivadas y orientadas¹⁷.

1.3. La vigilancia del tráfico de la droga

Las tareas preventivas y rehabilitadoras, ya en sí reducidas, quedan debilitadas mientras la droga siga siendo ofertada casi con impunidad en mil rincones de nuestro suelo a jóvenes frágiles que tengan a ella fácil acceso. Y este fenómeno de fácil oferta no se subsana sólo ni principalmente con la vigilancia policial de esos rincones ni con la detención de los pequeños traficantes que en ellos pululan. Si queremos frenarla eficazmente es preciso que la acción policial se dedique de manera preferente a detectar y a detener a los grandes traficantes profesionales y a sus cómplices que actúan bajo apariencias de legalidad.

La tarea es realmente difícil. Los esfuerzos que se están realizando no son exigüos, pero sí claramente insuficientes. El control del tráfico de la droga está postulando unas dotaciones de agentes y medios materiales más abundantes. Requiere asimismo una preparación especializada de las unidades dedicadas a este trabajo penoso, y una selección de personas inmunes a las presiones y seducciones a que han de estar sometidos todos aquellos que quieran entrar a fondo a deshacer las redes del mundo de la droga. Está exigiendo asimismo una colaboración con fuerzas de seguridad de varios Estados que, como en otros problemas graves que azotan a nuestra sociedad, es posible también en este campo vidrioso.

17. Estudios rigurosos, realizados en países diferentes, convergen a la hora de recoger estos dos datos que revelan la importancia de la familia del toxicómano.

1.º En un 70% largo de casos, la configuración de las familias de los drogadictos presenta caracteres especiales: uno de los dos modelos parentales (el padre o la madre) son irrelevantes en la constelación familiar o su relevancia es notablemente perturbadora.

2.º La salud interna (poseída o recobrada) de la familia y la adopción de actitudes pedagógicamente correctas ante el miembro toxicómano suponen un 50% en la recuperación de éste.

2. Droga y comunidad cristiana

Nuestras iglesias locales, como porción importante y servidora de la sociedad, están llamadas a aportar su colaboración en este empeño que ha de implicar a todo el cuerpo social. Si los jóvenes drogadictos constituyen una llamada apremiante que el Señor nos dirige hoy y aquí, no quisiéramos ser por más tiempo, tardos en escucharla ni negligentes en secundarla.

Nuestras diócesis han montado a lo largo de los últimos años un servicio admirable de atención humana y económica a los parados. Son muy numerosas hoy las familias que en nuestras diócesis pueden subsistir gracias a esta ayuda moral y material que reciben de la generosidad de los cristianos. Estamos persuadidos de que el mundo de la drogadicción reclama y merece por nuestra parte, una atención semejante.

Conocemos algunas personas y grupos creyentes que se están dedicando abnegadamente a este trabajo verdaderamente evangélico. Pero estos esfuerzos puntuales y dispersos no pueden aquietar nuestra conciencia. Es preciso que nuestras diócesis asuman iniciativas y compromisos más globales, más ambiciosos y mejor concertados. Algunas de nuestras iglesias locales han dado ya los primeros pasos en firme, para especializar a personas vocacionadas y, constituir, bajo su dirección y con su dedicación, los servicios requeridos. Todas están dispuestas a abordar, a reforzar y a multiplicar iniciativas semejantes.

Pero junto a estas iniciativas asumidas por los obispos y apoyadas por las Cáritas diocesanas, cabe un ancho espacio de trabajo, igualmente necesario y sumamente apto para diversos grupos eclesiales.

2.1. *Los jóvenes creyentes*

Por pertenecer a su misma generación, sois vosotros los creyentes más cercanos a los jóvenes drogadictos. Tenéis compañeros tocados por la droga en los bancos de clase, en el portal de casa, en ciertos bares y rincones de vuestro barrio.

La comunidad cristiana os pide con insistencia este doble servicio: un testimonio transparente y desacomplejado y una ayuda cuidadosa y bien orientada.

Con vuestro testimonio, sois los más indicados para hacerles comprender de verdad que es posible vivir sin drogarse, que es más humano y más apasionante vivir sin drogarse. Nada puede interpelarles más poderosamente que el observar en vuestra conducta que, habitados por los mismos conflictos y dificultades que a ellos les aquejan y les impulsan al camino fácil de la droga, sabéis afrontarlos con un talante diferente: con espíritu de superación, con esperanza, con la demanda de consejo y orientación, con el apoyo firme en vuestra fe cristiana.

La ayuda que les brindéis dependen fundamentalmente de la calidad de vuestro trato con ellos. Si tenéis amigos drogadictos, no los dejéis a su suerte. Son vuestros hermanos. Vuestra misión no es juzgarles, sino comprenderles. Pero habéis de procurar que esta comprensión no sea un portillo para que ni ellos ni vosotros legitiméis y, mucho menos, mitifiquéis una conducta que les margina y les arruina. No lo olvidéis nunca: no hay drogadictos felices. Adquirir unos conocimientos más exactos y unos criterios más elaborados en torno al mundo de la toxicomanía pueden ayudarlos a ayudarles mejor.

2.2. *Las familias cristianas*

Nos apena vivamente el drama de las familias que tenéis un miembro toxicómano. Es difícil digerir una situación semejante. Lo veis alejarse y hundirse paso a

paso. Os encontramos con frecuencia desesperanzados. Muchas veces, tras largos e intensos esfuerzos, acabáis preguntándoos si tales esfuerzos sirven para algo. Estáis perplejos ante la conducta que debéis adoptar ante ellos. Os sentís mirados por otras familias como portadores de una desgracia que no les afecta a ellos.

Estamos convencidos de que el mutuo afecto entre familia y drogadicto es un capital precioso para su regeneración. Cultivadlo esmeradamente. No provoquéis rupturas que les hagan más difícil el retorno y la regeneración.

Tenéis derecho a recabar de la comunidad cristiana comprensión afectiva y efectiva. Es asimismo necesario que os reunáis con personas competentes que os ayuden a convertir la angustia que os bloquea en inquietud productiva y os orienten en vuestra difícil tarea. A vosotros os corresponde también asociaros a fin de reclamar para los vuestros, en municipios, diputaciones y gobiernos, los servicios sociales que ellos necesiten.

Pero también las familias que tenéis la dicha de no contar con ningún miembro toxicómano habréis de sentirlos interpelados. Este/a joven que se droga podría ser vuestro hijo/a, vuestro hermano/a, vuestro esposo/a. La desgracia de otras familias debe conducirnos a cultivar la calidad de vuestra relación familiar de tal modo que sea cada día menos posible el que uno de los vuestros pueda desviarse hacia la droga. La solidaridad cristiana os obliga al mismo tiempo a mantener en toda ocasión la cercanía y el apoyo a las familias afectadas.

2.3. Las comunidades parroquiales

Los jóvenes toxicómanos de vuestra feligresía son una porción confiada también a vuestro cuidado. Una verdadera comunidad parroquial ha de asumir la acción caritativa y social como una encomienda tan noble y tan cristiana como la evangelización o la celebración de la fe. La Caritas parroquial es el vehículo privilegiado para asumir más directamente esta encomienda, en la que se inscribe de lleno la atención a los drogadictos. Las reducidas posibilidades de cada parroquia pueden multiplicarse si saben articularse en torno a las Cáritas zonales y diocesanas. De este modo se ha hecho realidad una asistencia efectiva a tantos parados. Pocas cosas desearíamos tanto como el que esta asistencia pudiera extenderse en breve a los toxicómanos.

Para asumir esta nueva tarea comporta de vuestra parte una prestación personal y económica que la sustente. El trabajo social con los toxicómanos requiere personas capaces que estén dispuestas a prepararse para esta misión. El Espíritu, que suscita siempre en la Iglesia los ministerios requeridos por las nuevas situaciones, os invita, a través de nosotros, a responderle generosamente.

2.4. Los colegios eclesiales

Habéis recibido de la Iglesia el encargo de ofrecer adecuadamente ideales y valores humanos y cristianos que pasen a la sangre de vuestros alumnos. Ellos son el mejor antídoto contra la drogadicción. Educar a los vuestros en la sobriedad y en el respeto y aprecio a sí mismos, es un modo de prevenir la toxicomanía. Informar y formar a los alumnos y padres en este tema delicado y candente puede ser, en muchos casos, decisivo. Os pedimos asimismo que ayudéis personalmente a aquellos jóvenes que, por ser más débiles o por cosechar insatisfacciones escolares, pueden ser más propensos a deslizarse por esta pendiente peligrosa.

2.5. Los movimientos educativos cristianos

Educáis a niños y adolescentes en tiempos dedicados al ocio. Educadlos también para el ocio que, como sabéis, está cargado de posibilidades ennoblece-

doras y envilecedoras. Prestáis un gran servicio a la comunidad humana y cristiana en la medida misma en que estimuláis la creatividad, la transparencia de conducta, la autodisciplina, el amor a la naturaleza, las aficiones culturales, manuales y deportivas, la búsqueda de Dios. Todas estas actitudes, al tiempo que enriquecen a los jóvenes les hacen más fuertes ante la seducción de la droga. Cuidad asimismo la educación explícita y correcta de muchachos y monitores en este tema tan delicado.

Los movimientos educativos cristianos habrían de plantearse, incluso, si dentro de sus propios grupos no podrían acoger o mantener a algunos muchachos que tienen dificultades en torno a la droga. El problema es delicado. Un grupo no puede comprometer seriamente su salud interna (y, por tanto, la de sus miembros) en una actitud de acogida generosa, pero ciega. Pero hay grupos que pueden, tal vez, tolerar sin mayor quebranto, en determinadas condiciones, la presencia de algún muchacho tocado por la droga. Al menos a aquellos que se encuentren en vías de rehabilitación y, por ello, tienen especial necesidad de ambientes positivamente estimuladores, la pertenencia a un movimiento juvenil podría resultarles un importante apoyo.

2.6. Los institutos religiosos y otras organizaciones de vida apostólica

Habéis sido suscitados por el Espíritu en la Iglesia para estar cerca de los necesitados. Muchos Institutos tienen como carisma propio la atención a los marginados. Cada época engendra a sus propios marginados. Esta ha engendrado, entre otros, a los drogadictos.

Sabemos que os preocupa este grave problema. Tal vez os sentís escasos de recursos humanos para invertirlos en este trabajo duro y apasionante. El carisma que recibísteis del Espíritu es creador y está atento a los signos de los tiempos. ¿No os impulsa este Espíritu a remodelar vuestras dedicaciones de tal modo que os orientéis también hacia estos marginados de hoy? ¿No suscitará este mismo Espíritu, entre los hermanos de congregación o instituto, vocaciones específicas que, con el apoyo comunitario, se consagren a esta misión verdaderamente evangélica?

La dedicación vocacional ha de ir, en este campo, acompañada de unas aptitudes personales y de una preparación cuidadosa. Los toxicómanos necesitan ayuda, pero no cualquier tipo de ayuda. Para podérsela brindar acertadamente, no basta una disposición abnegada. Se precisa además una solidez personal y una formación específica de orden pedagógico y técnico. Conocemos la existencia, entre nosotros, de religiosos y religiosas dotados para esta misión, decididos a asumirla y dispuestos a prepararse para ella. Mucho esperamos de ellos en este momento clave en el que estamos empeñados en promoverla con todas nuestras fuerzas.

Es posible que a muchas congregaciones les sea muy difícil en la práctica liberar a personas consagradas a este cometido. Para ellas están abiertas todavía otras vías de colaboración que van desde la prestación de locales adecuados para los servicios que se vayan montando hasta la aportación económica. Nos consta que todas están decididamente resueltas a dicha colaboración.

3. Droga y sociedad

Si la droga es, como hemos expuesto en la tercera parte de esta Carta, un fenómeno en el que está implicada, de un modo u otro, la sociedad entera,

corresponde a todo el organismo social afrontarlo adecuadamente. Ningún miembro de dicho organismo puede limitarse a ser pasivo espectador de este hecho flagrante. La reacción frente a la drogadicción no es, pues, cometido exclusivo de la Administración Pública ni de grupos determinados de la sociedad. Todos estamos llamados a adoptar ante ella posiciones netas, firmes y activas.

La actividad frente a la droga no ha de remitirse puramente a erradicarla o a prevenirla. Es preciso que la sociedad entera reflexione sobre las condiciones objetivas que la hacen posible, sepa autocriticarse a la luz de este síntoma revelador y modifique, en la medida precisa, sus mismos planteamientos básicos y su estilo de vivir.

Pero esta pretensión, legítima y necesaria, se convierte en puro sueño utópico si no se va encarnando en actitudes concretas de los ciudadanos y en iniciativas igualmente concretas de diversos grupos sociales y de la autoridad pública. No podemos, en un afán noble, pero estéril, contentarnos con esperar —e incluso promover— esta «conversión social» a costa de desatender a los drogadictos o de descuidar a las generaciones expuestas a serlo en un futuro próximo.

3.1. Los ciudadanos

Una sociedad en la que todos los ciudadanos supiéramos ir renunciando a falsas necesidades que nos esclavizan y nos perjudican, constituiría un contexto en el que sería mucho más difícil la emergencia y la extensión de la toxicomanía. Desgraciadamente no es así. Los hábitos consumistas y hedonistas han ido creando en torno a nosotros y dentro de nosotros mismos todo un mundo de «necesidades innecesarias». Algunas de ellas merecen el título de drogadicción en un sentido técnico riguroso. Tal es el caso del abuso del tabaco, del café, de barbitúricos y anfetaminas y, muy especialmente, del alcohol. Otras muchas no pueden calificarse como drogas porpiamente dichas, pero son claramente nocivas y crean en nosotros en mayor o menor grado, dependencias análogas. Así, por ejemplo, la pasión ciega por los juegos de azar, por la TV o incluso por un trabajo frenético que puede llegar a ser compulsivo y deshumanizador.

En el límite, cualquier actividad, por noble que sea, puede llegar a esclavizarnos cuando es erigida en un absoluto que substituye al único Absoluto. El parentesco profundo entre aquellos a quienes llamamos drogadictos y nosotros reside ahí: en ese riesgo constante del corazón humano de anudar, con las personas y con las cosas, una relación que acaba siendo devoradora.

En realidad, la separación neta que pretendemos marcar entre el normal y el anormal, entre el justo y el pecador, entre el abstinentes y el toxicómano, es demasiado tajante. Nos impide descubrir la verdad de nuestro propio interior, surcado de ambigüedades que no siempre nos atrevemos a reconocer con honestidad. Más aún: este esfuerzo de separación está habitado por la sutil tentación de negar en nosotros mismos dicha ambigüedad mediante un mecanismo de proyección por el que atribuimos a otros en exclusiva una condición que no queremos reconocer en ninguna medida en nosotros mismos.

«Vivir sin droga» es pues un lema exigente que desborda la abstinencia de las sustancias reconocidas como tóxicas. Requiere un libertad de espíritu y una clarividente vigilancia.

Quien así vive no puede permanecer inerte ante la drogadicción juvenil. La gran mayoría de las personas que vemos drogarse a jóvenes o adolescentes quedamos invadidos por una sensación de pasmo que nos aturde y nos paraliza. No reaccionamos ante este penoso espectáculo ni sabemos cómo comportarnos ante él. Es difícil discernir cuál habría de ser el comportamiento más humano y

más positivo en estas situaciones. Pero nos parece que lo menos humano es no reaccionar ante ellas. Contemplarlas como una estatua, con un estéril sentimiento de tristeza que va derivando progresivamente hacia la indiferencia, embota nuestra sensibilidad y nuestro sentido ético. Es peor no reaccionar que reaccionar inadecuadamente. Un grito, aunque sea intemperante, es más humano que el puro silencio. Una palabra dialogante es, tal vez, al menos en ocasiones, una reacción más ajustada.

3.2. Los grupos profesionales más implicados

En el seno de la sociedad hay grupos profesionales que, por su propia naturaleza son más cercanos a la problemática de la toxicomanía juvenil. Pensamos, por ejemplo, en los educadores, los juristas, los médicos, los psicólogos, los sociólogos y los hombres y mujeres de los medios de comunicación social.

No nos compete señalar a cada uno de estos grupos profesionales la tarea concreta que les corresponde. Sí en cambio, recordarles que es un imperativo ético el dedicar una parte de su atención y de sus energías a esta necesidad urgente. Elaborar un diseño de su aportación específica y llevarlo a la práctica con espíritu de servicio es parte de su deber. La defensa de los justos intereses corporativos es plenamente coherente con esta aportación, precisamente porque la profesión es un servicio a la sociedad. La extensión y gravedad del fenómeno nos urge a una verdadera concertación de esfuerzos en la que ninguna colaboración válida sea subestimada.

3.3. Las iniciativas específicas de interés social

Uno de los indicadores más adecuados para medir la vitalidad de una sociedad es el número y el florecimiento de iniciativas sociales de carácter privado que intentan responder a problemas específicos. La pobreza de tales iniciativas, situadas entre el individuo y la Administración Pública, es una de las carencias comunitarias más características de nuestro tiempo. Se produce así un declinar excesivo de las responsabilidades sociales sobre los poderes públicos.

Es todavía poco frecuente este tipo de iniciativas en el campo de la drogadicción juvenil. Pero existen ya algunas. Son laudables y meritorias cuando nacen y se desarrollan inspiradas por un aliento de auténtico humanismo, guiadas por unos criterios rectos acerca del fenómeno de la toxicomanía, ajenas a todo interés político partidista y exentas de toda ambición de protagonismo o de mercantilismo. Negociar, en un registro y otro, a propósito de la drogadicción juvenil sería provocativamente deshonesto.

Es asimismo importante que estas iniciativas sean siempre leales con la sociedad y, en particular, con los toxicómanos y sus familias, para no suscitar esperanzas desmesuradas de rehabilitación que comporten, a corto o medio plazo, frustraciones dolorosas. Es igualmente necesario que tengan la modestia suficiente para no presentar a sí mismas como la fórmula de solución a un problema que es mucho más complejo que las respuestas y métodos hasta hoy acuñados. Las mutuas descalificaciones son, por lo menos, prematuras. Rastrear diferentes caminos para abordar este problema acuciante es hoy una necesidad social. Los diversos métodos están llamados a complementarse, no a combatirse.

3.4. Los gobernantes

La magnitud de la drogadicción y la penuria de iniciativa social hacen todavía más perentoria la necesidad de un programa ambicioso, propiciado y promovido por los poderes públicos.

Es justo reconocer en este terreno el notable esfuerzo que están realizando las autoridades de ambas autonomías. Cabe esperar al mismo tiempo que tales esfuerzos estén siempre inspirados por una limpia voluntad de servicio público, alejada de intereses extraños a este noble objetivo y firme ante la tentación engañosa de brillantes resultados inmediatamente visibles.

Nuestra sociedad espera de sus gobernantes autonómicos una información veraz que evite el excesivo dramatismo, pero que no disimule la verdad. Reclama asimismo que la política de dotación de instalaciones culturales, deportivas y recreativas en barrios y pueblos se mantenga y, en la medida posible, se incremente. Postula la mejora de condiciones urbanísticas en zonas modestas e infra-dotadas que son nido frecuente de conductas desviadas como el uso de la droga.

Esta sociedad necesita igualmente que los gobiernos de ambas autonomías multipliquen centros especializados para la acogida, la rehabilitación y la reinserción social de los drogadictos. Requiere asimismo que la Administración Pública potencie los servicios de documentación, investigación y educación consagrados a este problema. Tiene derecho a recabar para las iniciativas no oficiales de interés social, encaminadas a evitar la ruina de tantos jóvenes, un apoyo real y decidido. El apoyo ha de traducirse en una cobertura jurídica, técnica y económica que enriquezca y respalde el trabajo de estas asociaciones. El Gobierno ha de respetar sus opciones educativas y su autonomía de funcionamiento, al tiempo que ejerza sobre ellas el debido control de las condiciones sanitarias y del uso de los fondos públicos que les sean asignados.

El ejercicio de la acción policial sobre el tráfico de la droga descansa en buena medida todavía, sobre las Fuerzas de Seguridad del Estado. Nuestra sociedad especialmente tocada por el transporte y el consumo de sustancias tóxicas necesita y espera de estos Cuerpos de orden público una atención más cuidadosa y una intervención más eficaz.

Es asimismo importante que la Cámara Legislativa del Estado reformule con mayor nitidez algunos pasajes imprecisos de la normativa legal vigente, a fin de que los jueces puedan, en el ejercicio de su función, interpretarlos de manera ajustada e inequívoca. Sería igualmente conveniente que, como sucede en algunos países, se instrumentaran determinadas normativas de carácter económico que facilitarían la aprehensión y la detención del tráfico de la droga.

VI. CARTA A LOS JOVENES TOXICOMANOS

Queridos amigos:

En este escrito hemos hablado de vosotros, pero no hemos hablado con vosotros. Queremos intentarlo, a pesar de que muchos nos sentís muy lejanos.

«La espera del pico de heroína es, como siempre, insoportable... De un momento a otro, es posible que todo haya salido bien y me inyecte mi dosis. O, tal vez, mi sobredosis, ¿por qué no? Me estoy gastando dinero que no es mío, en un lugar al que no pertenezco y en una casa que no es mía. ¿Por qué no acabar? ¿Por qué comenzar de nuevo? ¿Por qué continuar el martirio? ¿Por qué todos los días comienzan igual? ¿Por qué esta necesidad necia...? Sólo los muertos saben la respuesta. ¿Por qué se callarán esas cosas tan útiles que se les pudren con su alma en medio de tanta putrefacción? A lo mejor, yo sé tanto como ellos y estoy esperando que alguien me aparte de aquí para también acallar mi espíritu lleno de errores imperdonables».

Este texto está escrito por uno de vosotros. Refleja un tormento interior que muchos compartís. Nosotros recogemos este sufrimiento, con temblor y con respeto, sin tocarlo siquiera con nuestro comentario.

Mucha gente todavía os llama despectivamente drogadictos, marginados, delincuentes, chantajistas, manipuladores. Algunos os califican como enfermos. Sabéis que algo de esto es verdad. Pero estamos persuadidos de que ésta no es la verdad más profunda acerca de vosotros mismos.

Nosotros queremos miraros con ojos diferentes. Como un amigo que sufre al ver sufrir a su amigo. Convencidos de que todos, vosotros y nosotros, somos responsables de vuestro dolor y de vuestro vacío interior. Atentos a descubrir y secundar el deseo que tenéis de salir de este pozo oscuro y profundo en el que estáis metidos. Temerosos de que sigáis mintiándoos y engañándoos a vosotros mismos, cuando os decís: «es la última vez». O bien: «yo sé controlarme la dosis». O bien: «¿qué me ofrece la vida a cambio de dejar la droga?».

Nadie puede escaparse de sí mismo. No podéis escaparos de vosotros mismos. Un hombre huye de sí mismo mientras no acepte el riesgo de compartir con otros su propia intimidad. Abrirse es salvarse; cerrarse es hundirse.

Rota la costra de su incomunicación, un hombre puede, por fin, ser él mismo. Ni el gigante de sus sueños ni el enano de sus temores. Nada más ni nada menos que un ser humano entre otros seres humanos, compartiendo con ellos un proyecto común. Sólo así pueden encontrar sus raíces, florecer y fructificar. Poner término a su soledad mortal. Vivir.

No podemos hacer por vosotros nada que vosotros no queráis. No podemos andar con vuestro pies. No vamos a correr detrás de vosotros si no queréis que os sigamos. Pero estamos dispuestos, si es que queréis, a acompañaros a andar un camino de retorno, por largo y difícil que sea. Este camino es posible. Muchos lo han recorrido ya. ¿Por qué no vosotros?

Al recorrerlo, también nosotros tenemos que hacer camino de retorno. Tenemos que dejar «drogas» de muchas clases que tal vez no tienen este nombre. Al ayudaros nos ayudamos. Al dejaros ayudar, nos ayudáis. ¿Por qué no caminamos juntos?

Algunos toxicómanos seguís siendo creyentes. Jesucristo no es para vosotros un emblema vacío, sino una Persona viviente. El está esperando reencontrarse con vosotros para devolveros, en su abrazo, vuestra dignidad perdida. Nada nos alegrará tanto como preparar y asistir a este Encuentro.

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria
1 de noviembre de 1984
Festividad de Todos los Santos

José María, Arzobispo de Pamplona y A.A. de Tudela.
Luis María, Obispo de Bilbao.
José María, Obispo de San Sebastián.
José María, Obispo de Vitoria.
Juan María, Obispo Auxiliar de Bilbao.

